

*MUSEO DE BELLAS ARTES.—Proyecto de uno, por don José Miguel Blanco.*

Cuando se habla de la riqueza nacional, dicen algunos con cierto desaliento que Chile es un país pobre; que la naturaleza no ha derramado en él sus tesoros con la misma prodigalidad que lo ha hecho en el resto de nuestro continente: que esta tierra, regada abundantemente, tanto por la sangre de sus hijos como por la del conquistador, es estéril por demas. Pero, los que tal piensan i dicen no reflexionan que esa misma esterilidad i esa misma pobreza de nuestro suelo, obligándonos a trabajar constantemente, nos colocará al nivel de las naciones mas cultas de Europa, i por consiguiente, a una inmensa altura respecto de las que nos rodean.

El trabajo robustece el cuerpo, desarrolla la inteligencia, inunda el alma de alegría, i tarde o temprano lleva la abundancia i el bienestar al hogar del pobre laborioso. Si fuera verdad que nuestro país es tan pobre como lo pintan algunos, no lo sentiríamos: nos felicitaríamos de ello, porque la riqueza hereditaria es, a nuestro juicio, verdadera pobreza, miseria. Obligados a vivir de nuestro trabajo, ya habríamos planteado muchas fábricas, muchos talleres, muchos establecimientos que necesitamos para elaborar en ellos los productos que cambiamos al extranjero por el oro de nuestras minas o el trigo de nuestros campos. Verdad es que estamos a mayor altura intelectual que los países que nos rodean; pero esa ventaja no es tan grande como la creemos: exajeramos demasiado. Nuestra marcha nos parece mas rápida de lo que en realidad es, gracias a que la de nuestros vecinos es tan lenta i pesada como la de la tortuga, i en ocasiones parece estacionaria.

Tenemos en abundancia elementos dispersos que la mano de un individuo laborioso e inteligente reuniría sin mucha fatiga, dándoles la forma o el conjunto a que por su naturaleza están llamados, i que prestarían gran servicio al país, justificando también nuestro decaído progreso. El ramo de las bellas artes, por ejemplo, nos ofrece abundante material para probar lo que dejamos dicho, es decir, nuestra inercia.

Desde nuestra emancipacion de la metrópoli, época en que empezamos a cultivar libremente todos los ramos del saber humano, se ha podido notar que el pueblo chileno es un pueblo esencialmente artista. O'Higgins dibujaba i pintaba con la misma facilidad que el maestro Santelices esculpía sus imágenes para nuestras iglesias; el señor Zegers dibujaba con tanta maestría, que casi po-

demostró, en presencia de sus obras, que aventajaba al malogrado Gana, muerto en la primavera de la vida.

Los maestros i fundadores de la academia de pintura, escultura i arquitectura, se complacian al reconocer en sus alumnos aptitudes artísticas desarrolladas en alto grado. Cierta día fuimos a visitar a Ernesto Charton, que, despues de haber recorrido la América en toda su estension, establecia definitivamente su taller en Paris; i acordándose de Chile, nos dijo con esa franca jovialidad, tan propia del carácter frances:

«Amigo, ¡qué país tan bello es Chile! ¡Cuánto daría yo por volver a visitarlo! ¡Qué cordilleras! ¡qué vejetacion! ¡qué aire tan puro i ¡qué cielo tan diáfano! El bajo pueblo, su tipo, sus trajes, sus costumbres; esos rodeos, trillas, velorios, cuecas, procesiones, paseos al Campo de Marte, carreras en la cancha... *Sacra n...* todo eso es encantador, es artístico, es pintoresco por demas. No extraño que el pueblo tenga tanta facilidad para aprender a dibujar: tuve discípulos que aprendian casi sin necesidad de mis lecciones. El día en que el Gobierno establezca museos i haga enseñar dibujo en las escuelas públicas; el día en que los particulares empiecen a proteger a los artistas, ese día Chile va a ser en América lo que es Italia en nuestra Europa: el país mas artístico del continente.»

I daría la verdad Charton. De igual modo hemos oído espresarse a estranjeros inteligentes que han visitado nuestro país.

Los hombres de Estado que contrataron en Europa a los primeros profesores de nuestras academias debieron pensar como Charton i demas estranjeros, porque a mas de llamar al país a esos primeros artistas, les impusieron en su contrato, la obligacion a cada uno de ellos de *hacer una obra en cada año*, con el objeto de que éstas sirvieran de base para formar el primer Museo artístico en el país. Por desgracia, la obra iniciada por esos gobernantes no ha sido continuada por los que les han sucedido en el poder. Esos hombres que desplegaban toda su actividad i toda su inteligencia en servicio de la patria, comprendieron desde temprano que un *Museo de Bellas Artes* no es un establecimiento de lujo para el país que esté llamado a vivir i enriquecerse con el trabajo personal, particularmente en las fábricas industriales i en los talleres artísticos. Lo juzgaron, pues, no solo necesario, sino tambien indispensable. La erudicion adquirida en los libros o en los viajes robustecia en ellos esa conviccion. Sabian que en el viejo continente, hasta la aldea mas insignificante ostenta orgullosa su pequeño

Museo, para que el viajero admire las obras de sus hijos más esclarecidos i sirva de estímulo a los que sientan arder en su pecho el noble deseo de honrar a la patria.

Las 366 iglesias que hasta hace poco se contaban en Roma, no dan tanto brillo a la gloria eterna como su solo Museo del Vaticano. París, Londres, Bruselas, Madrid i otras capitales no tendrían tanta fama de cultas sin esos Museos que son el depósito de las obras que produce la inteligencia de sus nacionales.

Los que hemos tenido la suerte de visitar i estudiar en esos establecimientos las obras maestras que encierran; los que conocemos su utilidad i la influencia que ejercen hasta en la moral i educacion del pueblo, nos creemos con el deber de pedir en nuestro país la instalacion de un Museo que, como los de Europa, sea el santuario del arte, la prueba de nuestro progreso que podamos presentar a los extranjeros que nos visitan.

Esta empresa parecerá a muchos una obra de romanos, sobre todo si se atiende al estado de guerra en que está la República comprometida; pero quien tal piense sufre una equivocacion, como vamos a demostrarlo.

El Gobierno posee una cantidad considerable de cuadros, estatuas, bustos i otros objetos artísticos que corren dispersos sin que nadie haga caso de ellos para salvarlos de una ruina completa. De éstos hai algunos en la Universidad, en los altos de la Biblioteca, en el palacio de la Espejación, en el Consejo universitario; los hai tambien en la Intendencia de Valparaiso, en la Matriz de ese mismo puerto, en la Moneda, en el Congreso i hasta en el Santa Lucía. Con un simple decreto del señor Ministro de Instrucción Pública, en que se autorizara a dos o tres personas de buena voluntad para reunir esas obras en los altos del Congreso, o en alguno de los edificios del fisco o del municipio i en el término de treinta o cuarenta dias, si no antes, todo estaria arreglado. La esposicion que se hizo en 1877 no pidió mas tiempo. El gasto de peones para trasportar esas obras, la compra de clavos para colgar los cuadros i los cajones o pedestales para suspender convenientemente los bustos i estatuas, creemos que seria tan insignificante que hasta los aficionados al arte se suscribirian para costearlo, sin que el Ministro desembolsara un solo peso. Pero pasemos una lijera revista a las obras que poseemos, para que no se crea que exajeramos el número ni el mérito de ellas.

La principal de éstas es un magnífico grupo en mármol que representa *La piedad*, debido al cincel de Miguel Anjel Buonarroti:

obra que por sí sola merecería un salon especial, un salon de honor. Nos parece difícil que alguien pueda imaginarse en Europa que entre nosotros existe una escultura del gran Miguel Anjel, i mucho ménos que llegue a imaginar el que esa reliquia del arte haya sido arrojada al suelo, cubierta de polvo, en varios fragmentos, i en un cuarto viejo que amenaza desplomarse de un momento a otro i concluir de arruinar ese mármol, del cual se enorgullecería cualquiera galería europea. Monseñor Eyzaguirre, que legó estas obras al Gobierno, nos contaba en Roma que ese grupo le había costado 40,000 francos en Bélgica. Debemos confesar que jamas dimos crédito a Monseñor: primero, porque estábamos convencidos de la imposibilidad o la rareza de encontrar quien quisiera vender un trabajo del Buonarroti por tan bajo precio, i segundo porque dudábamos de su autenticidad. Pero nuestra incredulidad cesó en preseencia de la realidad. Monseñor Eyzaguirre acompañó tan valioso legado con otras treinta i tantas obras de pintura i escultura, entre las que hai algunas de no escaso mérito; pero que no están mas cuidadas que la ya citada de Miguel Anjel.

No recordamos a punto fijo el número de cuadros que en cumplimiento de su contrato pintó para el Gobierno el señor Cicarelli; pero podemos asegurar que los que aun se conservan están repartidos en diferentes partes. Los que pintó por igual contrato el señor Kirbach están en el Museo de historia natural, i allí mismo hai cuatro de los ocho o diez bustos en mármol que esculpió nuestro profesor de escultura Mr. François. ¿A qué poder habrán pasado los demas? ¿Se habrán que brado o estarán escondidos en algun oscuro subterráneo, esperando salir a luz algun dia? El señor Mochi, actual profesor de la academia de pintura, tiene obligacion de pintar dos cuadros cada año para el Gobierno; el Ministro señor Amunátegui nombró una comision para que designara a Mochi los temas o los personajes que debía pintar; pero la activa comision cumplió tan bien con su honorífico encargo, que hasta la fecha, en mas de dos años, no se ha reunido; espera sin duda que el artista se marche a su país al cumplir su contrata que ya espira, o se muera para ordenarle lo que debió pintar. ¡Bendita comision! Pasaremos en silencio vuestros nombres por temor de ofender tanta modestia.

El profesor de la clase de escultura, señor Plaza, segun su contrato, debía haber entregado ya ocho bustos en mármol; pero parece que éste espera los cuadros de Mochi para entregar sus bustos.

Los cuadros de Mochi i los bustos de Plaza formarían un total de dieziseis obras que aumentarían nuestro proyectado Museo.

A esta nomenclatura pueden agregarse todavía el *David* i el *Sócrates*, comprados por el Gobierno de Chile en nuestra última exposición.

Los pensicistas que han estudiado i estudian actualmente en Europa, tienen obligacion de mandar un cuadro cada año. Sabemos que de esos cuadros uno hai en la Intendencia de Valparaiso, otro en la Matriz de ese mismo puerto, seis hemos visto en la academia de pintura, i el paradero de los demas lo ignoramos. Durante la administracion Montt se encargaron a Italia diez a doce copias de los cuadros mas notables de esa escuela: algunos de ellos ya están rotos, i tan manchados otros como si contaran algunos siglos de existencia.

El coronel don Marcos Maturana, tan conocido i estimado de los artistas por su amor a la pintura, tuvo la feliz i jenerosa idea de obsequiar dos de los mejores cuadros de su galería a la academia de pintura. A mas de los cuadros ya enumerados hai otra coleccion considerable, en que figura tambien uno atribuido a Rivera, que Cicarelli tenia en grande estima. La propósito de Cicarelli, recordamos ahora que éste se quejaba continuamente de la desaparicion de un cuadro, en los siguientes términos: «Es pecado que se hayan robado el mejor cuadro de esta escuela.» Parece que el cuadro robado fué un *San Juan Bautista*, original de Velasquez. Si le fuera posible volver a la vida, ¡qué tantos nuevos pecados tendría que lamentar el buen señor! Pero concluyamos.

Todos esos cuadros, estatuas, bustos i otros objetos de arte, cuyo número no bajará de doscientos, es cantidad considerable para fundar un pequeño Museo, el cual, andando el tiempo, puede llegar a ser lo que es el Louvre en París o el Vaticano en Roma. Pero mientras no se implante dicho establecimiento, todas esas obras adquiridas por el Gobierno a costa de los fondos nacionales u obsequiadas por el patriotismo, están bajo inminente peligro de desaparecer una tras otra. Reunidas en un solo local, formando de ellas un catálogo, conservándolas con esmero i presentándolas al público para que las reconozca i las estime como tesoro que le pertenece, estarian, hasta cierto punto, a salvo de robos i deterioros. Cada obra nueva obsequiada por algun particular llevaria escrito el nombre del individuo i la fecha en que la regaló. El Museo, una vez instalado, seria abierto gratis al público los dias festivos; en los demas se cobrarían 20 centavos por persona. A imitacion de los de Europa, el lunes estaria cerrado para el aseo jeneral i la visita de inspeccion. Los artistas o aficionados que desearan hacer

alguna copia, solicitarían permiso del director, el cual sería libre para rehusarlo o concederlo por el tiempo que creyera conveniente.

Habría además una sala especial para exposición permanente de toda obra nueva que su autor deseara exhibir con el objeto de venderla. Una comisión nombrada por el señor Ministro presentaría el reglamento que nosotros indicamos a la lijera. La inauguración solemne del Museo tendría lugar el día de la entrada a la capital de nuestro ejército victorioso, pues éste le serviría de verdadero arco triunfal, escribiendo en su portadados fechas gloriosas resumidas en una sola: el triunfo de nuestras armas i el primer templo consagrado al arte en la capital, la cual está llamada a ser el fco de la civilización del nuevo continente.

En nuestro país esencialmente artista, como ya lo hemos notado i comprobado por las observaciones personales de inteligentes extranjeros, semejante establecimiento será el mas a propósito e indispensable para desarrollar este temperamento artístico e innato de nuestros compatriotas. Dicen los biógrafos del Corregio, que la primera vez que el niño fué conducido por su padre a un Museo, no podía contener su emoción, i al pasar ante un cuadro del divino Rafael, la precocidad de su jenio fué traducida por estas palabras: *¡Anch' io son pittore!* (también soy pintor) i desde ese día el futuro jefe de la escuela de Parma empuñó su paleta para mezclar los colores mas brillantes i armoniosos en sus obras inmortales.

Permitásenos intercalar las siguientes líneas en honor de tan gran maestro.

Un *San Jerónimo* pintado por éste, allí por los años de 1534 i que le fué pagado con doscientos francos (en cobre), a principios de este siglo, el duque de Módena quiso comprárselo a Napoleon I. ofreciéndole dos millones; pero solo obtuvo la siguiente respuesta: «La Francia, está repleta de oro, i lo único que ambiciona son obras de este mérito!»

Si la patria del Corregio no hubiera poseído un museo de bellas artes, ¿en dónde el niño hubiera revelado i desarrollado su jenio artístico? ¿Quién conocería a Giotto a despecho de su talento natural por el arte, si no hubiera visto jamás las obras de sus predecesores? La electricidad dormiría tranquila en el seno de las nubes, sin darnos siquiera a sospechar su incommensurable fuerza, sin la proximidad de las materias que la hacen estallar.

Reunamos, pues, los elementos dispersos que poseemos, i pronto tendremos la satisfacción de ver estallar en mas de uno de nues-

tros conciudadanos la chispa artística que, como la electricidad en las nubes, se desborda en sus corazones.

Nuestros laboriosos obreros que pasan toda la semana encerrados en el taller, conducirán a sus hijos el día festivo a ese templo del arte, en donde podrán contemplar la imagen de nuestros héroes i heroínas. La vista de esas imágenes les será un saludable entretenimiento, un estímulo para el trabajo, para el estudio, para la virtud i el sagrado amor a la patria.

Coloquemos en nuestro Museo una galería, una sección especial de retratos de los personajes más eminentes de nuestra historia. Hagamos ver al pueblo, por medio del pincel de nuestros artistas, la serenidad de alma que muestra el valiente Caupolican en el postrero i supremo instante de su heroica existencia, despreciando al enemigo de la patria; el valor del indomable Tucapel; la sagacidad de Colocolo; la juventud lozana del vencedor de Pedro de Valdivia. No olvidemos tampoco la figura simpática de Camilo Henríquez, de ese modelo de virtud i patriotismo, que por seguir los arranques de su alma generosa, desobedeció e injurió las órdenes de su ministerio. En presencia de ese fraile vestido de negra sotana, con una cruz roja sobre el pecho, delgado, de elevada estatura, mas de un padre de familia diría a su hijo: «Ese sacerdote, que ves con un crucifijo en la mano i la otra apoyada sobre esa piedad de la cual parece salir el precioso titulado *La Aurora*, es en patriota Camilo Henríquez, que perteneció a la órden de los padres de la *Buena muerte*».

«*La Aurora*, primer periódico que se publicó en Santiago, erredactado por él, defendiendo con todo el entusiasmo de que era capaz, la santa causa de nuestra independencia. Contempla ese rostro pálido, sentimental; esa mirada ardiente, haciendo contraste con la dulce sonrisa de sus labios finos, pero bien dibujados, que revelan la honradez i rectitud de su carácter. Cada línea de ese hermoso rostro habla admirablemente el candor i el patriotismo de su alma. No olvidés que este es el hombre que talvez haya contribuido mas que cualquier otro a romper nuestras cadenas: trata de imitarlo, hijo mío.»

Al lado de tales retratos coloquemos tambien los de esas nobles matronas de nuestra independencia que tan altos ejemplos de virtud nos legaron. Nuestras jóvenes, cuyo virgen corazón está abierto a toda acción de virtud i patriotismo, encontrarian un estímulo poderoso para seguir la senda que condujo a esos ángeles del hogar hasta inscribir sus nombres venerados en los anales de nuestra gloriosa epopeya.